

reciéndoles la necesidad de recobrar aquella plaza tan importante.

Organizóse un nuevo ejército; salió Cortés á rechazarlo disponiendo que fuese atacado por el frente y por la espalda, obteniendo así una victoria perdiendo quinientos hombres.

Mientras Cortés combatía, la tropa que quedó en Xochimilco fué hostilizada por aquellos indígenas, que la pusieron en grandes aprietos. Cortés de regreso y ántes de abandonar la población, incendió los templos y dejó convertida en ruínas la hermosa ciudad; los xochimilcas, todavía en este estado hicieron los últimos esfuerzos, pero quedaron definitivamente vencidos.

Recorrió Cortés sin grandes esfuerzos la orilla del lago, tocando en Coyoacan, Ixtapalapan y Tlacopan, donde le hicieron dos prisioneros: volvió por Tenayucan, Cuautitlán, Citlaltepec y Acolhuacán, hasta Texcoco, despues de hacer los reconocimientos que le parecieron convenientes para formalizar la toma de México.

A punto los soldados, trenes y bergantines, en medio de innumerables y decididos aliados, con el concurso de los españoles recientemente llegados en un buque á Veracruz, se aprestaba Cortés á emprender el asedio de México, cuando unos españoles, partidarios del Gobernador de Cuba, sea por resentimiento, sea por temor á lo arriesgado de aquella empresa, resolvieron dar muerte á Cortés y á sus principales capitanes.

Estaban convenidos los medios de la ejecución del proyecto, el sitio y la hora; habíanse designado los capitanes y jueces que habian de reemplazar á los muertos, y al tener efecto lo acordado, un soldado, cómplice de los conspiradores, dió aviso á Cortés de lo que ocurría.

Este al instante procedió con la mayor energía; juzgó á los reos, y fué ahorcado Antonio Villafañá que apareció como el principal, disimulando Cortés su enojo y suspendiendo por conveniencia sus castigos. Nombró de resultas de esto una guardia de toda su confianza que custodiaba su persona.

El 28 de Abril se declaró abierta la campaña sobre México, haciéndose los últimos preparativos.

Celebróse solemnemente la misa, comulgaron los españoles

todos, procedieron á la bendición de los bergantines, y en medio del cántico del *Te Deum* y al sonar de las músicas marciales, desplegaron sus velas las naves entre los gritos entusiastas de la multitud.

Pasó en seguida Cortés revista á sus fuerzas, que constaban de 86 caballos, 800 peones españoles, 3 grandes cañones de hierro, 15 chicos de cobre, 1,000 libras de pólvora de fusil y una cantidad inmensa de balas y de saetas.

Hecho esto, envió mensajeros en todas direcciones para que se le reuniesen sus aliados, lo que se verificó violentamente, llegando de todas partes con aprestos formidables, formando las fuerzas un total de más de 200,000 hombres. Cortés, luego que hubo reunido á sus aliados, procedió á la distribución de las fuerzas.

LECCION DUODECIMA

Distribución de las fuerzas de Cortés.—Xicotencatl se separa de Cortés.—Energía de éste.—Comienzan las operaciones militares sobre la plaza.—Uso de los bergantines.—Estragos de la artillería.—Fosos.—Rechazo de los bergantines.—Encuentro en el templo y la plaza.—Reunión de aliados á Cortés.—Irrupción á la plaza.—Terror de los mexicanos.—Burla de los aliados.

El lunes de Pentecostés, 20 de Mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor—dice Clavijero—para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y reiterar las órdenes que habia dado en Tlaxcala.

Mandó á Tlacopan á Pedro de Alvarado, con fuerza competente para que por ese rumbo se interceptase toda comunicación.

A Olid se colocó con la noble investidura de jefe de fuerza y maestro de campo, en Coyoacan.

Dió orden para que Sandoval destruyese á Ixtapalapan, y quedase acampado en aquellas inmediaciones con pié de fuerza y artillería española, y los aliados de Chalco, Huejotzinco y Cholula, que eran como treinta mil hombres.

Cortés tomó el mando de los trece bergantines, y en ellos distribuyó trescientos veinticinco españoles con trece falconetes.

El total de la fuerza era de 917 españoles y más de 75,000 hombres de tropas auxiliares.

Al partir Alvarado y Olid á ocupar los puntos que se les habian designado, fueron en compañía del primero Xicotencatl el jóven y su primo Piteutli. Tuvo éste una disputa con un español, quien le hirió, faltando á las prescripciones de Cortés, y poniendo en peligro las buenas relaciones entre sus aliados que á toda costa le importaba mantener.

Los tlaxcaltecas hicieron visible su sentimiento por lo ocurrido, y trató Olid de apaciguarlos permitiendo á Pitteutli se retirase á curar á su pais. Xicotencatl, por razones de perentezco, ó por otras, se mostró mucho más ofendido, y emprendió la fuga ocultamente, para su tierra, con otros muchos tlaxcaltecas.

Dióse parte de lo ocurrido á Cortés, quien pensando como debía, en la gran trascendencia del suceso, mandó á Ojeda en persecución de fugitivo. Hízolo así el enviado, y Cortés le mandó ahorcar públicamente, pregonando su delito.

Tan audaz determinacion, léjos de irritar los ánimos, como era de esperarse, y de romper los lazos que unian á los españoles con los tlaxcaltecas, convirtió á estos en más sumisos y adictos.

No obstante, los tlaxcaltecas hicieron vivas demostraciones por la muerte de Xicotencatl; le tributaron los honores de estilo, y distribuyeron sus vestidos como reliquias.

La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España y fueron enviados á Texcoco. En la familia habia treinta mujeres, y entre los bienes gran cantidad de oro.

Ocupémonos ya del principio del asedio en México.

Alvarado y Olid, con sus fuerzas, se dirigieron á Tlacopan, con el objeto de cortar el agua á los mexicanos. Estos previeron la hostilidad y se prepararon á una resistencia vigorosa. En efecto, la hicieron, pero fueron vencidos, y los tlaxcaltecas los persiguieron, haciéndoles varios muertos y prisioneros.

Alentados con este pequeño triunfo tlaxcaltecas y españoles, trataron de penetrar en la ciudad, hasta apoderarse de un foso;

pero la multitud de mexicanos que cargó contra ellos con lanzas y con flechas fué tal, que los españoles retrocedieron á Tacuba avergonzados, despues de haber perdido ocho soldados por muertos y de quedar cincuenta fuera de combate.

Alvarado fijó su campo en Tacuba, y Olid fué á situarse á Coyoacan. Esto pasaba el 30 de Mayo, dia que fija Cortés como principio del asalto.

Miéntras Alvarado y Olid, cada uno por su lado, se ocupaban en cegar algunos fosos para facilitar las operaciones militares, Sandoval salia de Texcoco el 31 de Mayo, con 35,000 hombres, á apoderarse y destruir Ixtapalapan.

El combate que se libró en Ixtapalapan fué tremendo. Sandoval, con sus dos grandes cañones de hierro, hizo en la multitud espantosos estragos; al fin se apoderó de Xolotl, punto en que se reunian y dominaban las calzadas que iban para México, y lugar igualmente cómodo y fácil para ponerse en contacto con Olid y Alvarado.

En Xolotl encontró Cortés los bergantines, y engrosando sus fuerzas con lo más escogido de las de sus capitanes, abandonando el designio de tomar Ixtapalapan, concentró en México toda su atención.

En tal estado de cosas, los mexicanos hicieron una primera acometida en medio de la noche. Cortés la combatió é hizo al siguiente dia una salida, que dió por resultado que se apoderasen los españoles de un foso y una trinchera. Los caballos hicieron grandes estragos, y sobre todo los bergantines, que penetraron persiguiendo á los mexicanos por la parte occidental del lago, donde incendiaron muchas casas de los arrabales.

En este intervalo Sandoval terminó felizmente sus operaciones sobre Ixtapalapan, y marchó con sus fuerzas hácia Coyoacan; saliendo á su encuentro los de Mexicaltzingo, furiosos, fueron derrotados.

Cortés, teniendo noticia de esa marcha y de un gran foso abierto, para impedirla, envió dos bergantines en su auxilio. Dirigióse Sandoval al campo de Cortés con sólo diez hombres, y al hallar combatiendo á los españoles, no obstante sus fatigas tomó parte en la lucha y fué herido en una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos, pero á pesar de esto, las

pérdidas inmensas de los mexicanos y el terror que les causaba la artillería fueron tales, que en muchos días no osaron acercarse al campo de Cortés. A pesar de esto, los españoles pasaron seis días en perpetuos combates, descubriendo en sus correrías un amplio y ondo canal que penetraba hasta el centro de la ciudad, y del que sacaron mucho partido como veremos más adelante.

Alvarado por su parte apretaba el cerco entre reñidos combates, que le costaron algunos hombres, pero se apoderó de fosos y trincheras importantes.

Habiendo notado que por el camino del Tepeyac recibían los mexicanos constantes auxilios, lo comunicó á Cortés, quien mandó á Sandoval con 118 hombres para que cortarse toda comunicación, y así lo hizo el infatigable capitán, á pesar de la herida de su pierna, quedando efectuada la interceptación absoluta entre el agra y la tierra firme.

Hechos los preparativos anteriores, Cortés, con 500 españoles y más de 80,000 aliados, en combinación con Sandoval y Alvarado, al frente de otros 80,000 hombres y apoyado poderosamente por los bergantines, dispuso su entrada á la ciudad.

A los primeros pasos encontraron los invasores un foso inmenso defendido por una trinchera de diez piés de altura, coronada de multitud de mexicanos. Los bergantines fueron allí rechazados; pero adelantándose temerariamente los españoles repelieron á sus contrarios hasta encontrar otro foso y otra trinchera formidables; tomáronlos, y así se fueron sucediendo una serie de combates en fosos y en trincheras, hasta que penetraron los españoles en la plaza principal de la ciudad.

Amedrentados los mexicanos, huyeron al recinto del templo; allí los persiguieron los españoles con encarnizamiento, y cuando creían haber alcanzado una gran victoria, tropas mexicanas de refuerzo les atacaron por la espalda, envolviéndoles, agobiándoles, obligándoles á retirarse por el camino que habían traído, dejando en poder de los mexicanos un cañón de hierro.

En esta refriega penetraron á la plaza, atropellando por todo, algunos caballos; los mexicanos, que los veían como fieras invencibles, se desordenaron abandonando el templo y la plaza, que recuperaron los españoles sin gran dificultad.

Diez ó doce nobles que quedaron defendiendo valerosamente el atrio del templo, fueron muertos por los españoles.

Estos en su retirada, incendiaron las mejores y más hermosas casas de Ixtapalapan, haciendo lo mismo por sus rumbos Alvarado y Olid.

Los tlaxcaltecas en estas jornadas mostraron un valor extraordinario, y merecieron los mejores elogios de los españoles.

Las fuerzas de Cortés engrosaban momento por momento con nuevos aliados que él acogía muy benignamente.

Los de Texcoco, los de Xochimilco y los otomites le facilitaron sobre 70,000 hombres.

Para completar Cortés su plan de asedio, le faltaba establecer de un modo activo las hostilidades por agua. A este efecto, dispuso que seis bergantines entre Tacuba y Tepeyac sostuvieran la interceptación, auxiliando á Alvarado y á Sandoval, y los otros surcaron el lago en todas direcciones, apresando y echando á pique las barcas que llevaban auxilios á los mexicanos.

Cortés, despues de las determinaciones anteriores, siempre en combinaciones con sus capitanes, hizo una nueva entrada en la ciudad, repitiendo muchos combates parciales, en fosos y trincheras reparados totalmente con actividad increíble por los mexicanos.

Los sitiadores penetraron, aunque con esfuerzos inauditos, hasta la plaza mayor: allí pegaron fuego á algunos templos y casas notables, entre las que se cuenta el magnífico palacio de Axayacatl, donde en otro tiempo, como sabemos, se habían alojado los españoles, y la casa de pájaros de Moctezuma.

Los españoles se retiraron despues de ejecutar estas atrocidades; dejando honda impresión en los mexicanos, más que la barbarie de las hostilidades, la mofa y el escarnio de que hicieron ostentación los aliados de Cortés.

LECCION DECIMATERCERA

Varios ataques sin éxito á la ciudad.—Auxilios á Cortés.—Incendios.—Alvarado embiste á Tlaltelolco.—Heroismo de Tzilacatzin.—Perfidia de los xochimilcas.—Su castigo.—Matanza de españoles en Tlaltelolco.—Celebran los indios sus victorias.

Sin dar tiempo Cortés á que los sitiados reparasen sus fuerzas ni saliesen á reedificar sus trincheras, acometió al siguiente día, pero los sitiados opusieron tal resistencia, que sólo después de cinco horas de porfiado combate se pudieron apoderar de algunos fosos.

Sandoval y Alvarado á la vez emprendieron obstinados ataques, de suerte que los sitiados mantenían la lid con tres ejércitos á un tiempo, todos ellos numerosos y con la superioridad inmensa de las armas, los caballos, los bergantines y la táctica de los españoles.

Alvarado por su parte, había arruinado todas las casas de los lados del camino de Tlacopan, que unian á este punto con la capital, según afirman veraces historiadores.

Cortés hubiera deseado evitar á sus tropas las fatigas y peligros de las entradas de la capital, situándose en el punto conquistado de ella misma, pero la inseguridad era mucha y no quería sacrificar á las otras guarniciones, á las que podían desde Xolotl auxiliar.

Entretanto, mermaban los elementos de los sitiados; los sitiadores engrosaban sus filas, verificándose alianzas de algunas ciudades del lago con los españoles.

Los nobles de Ixtapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huizilopochtli, Misquie y Cuitlahuac, entraron en esa confederación, obligándoles Cortés á que facilitasen víveres y materiales para defender á sus tropas de la intemperie.

En vista de tan poderosos auxilios, calculó Cortés que sólo el número inmenso de sus tropas haría sucumbir á los mexicanos, pero se engañó en sus cálculos, porque los mexicanos estaban resueltos á perder antes la vida que la libertad.

Determinó seguir haciendo sus entradas hasta obligar á los sitiados á pedir la paz.

Dividió sus embarcaciones en dos secciones con órdenes de que hostilizasen de cerca las casas pegándoles fuego y haciéndoles el daño posible.

Dió Cortés órdenes á Alvarado y Sandoval para que incendiaran y arruinaran cuanto encontraran en sus puntos, y él con 80,000 aliados tomó el camino de Ixtapalapan, sembrando á su paso la muerte y los horrores, sin lograr ponerse en contacto con Alvarado, que fué su principal intento, por la parte interior de la ciudad.

Alvarado, en posesión del camino de Tlacopan, dirigió sus fuerzas contra los de Tlaltelolco, residencia del rey Cuauhtemotzin; por allí la resistencia fué tan heroica, que aunque se renovaban momento por momento los combates, no pudo avanzar una línea el conquistador.

En uno de los primeros combates apareció un hombre alto, membrudo, agilísimo como el viento y disfrazado de otomí con su ixcahuepilli de algodón y sin otras armas que su escudo y tres piedras.

Este se desprendió de los suyos, se lanzó casi al centro de las fuerzas sitiadoras y disparó sus piedras con tal tino y pujanza, que mató á un español con cada piedra, causando universal asombro. Empleáronse muchos indios para aprehender á aquel atleta, pero éste aniquilaba cuanto se le oponía, renovando sus agresiones, en cada vez con trajes diferentes. El nombre de este célebre Tlaltelolco era Tzilacatzin.

Alvarado, alentado con algunos pequeños triunfos, intentó penetrar hasta la plaza de Tlaltelolco, salvando los fosos, pero sin cegarlos luego como practicaba Cortés. Los mexicanos advirtiendo tal descuido, cayeron sobre los españoles y sus aliados, haciéndoles una matanza horrorosa y tomando cuatro españoles, que sacrificaron inmediatamente en medio de los gritos y demostraciones de triunfo.

En estos días, las tropas de Xochimilco y Cuitlahuac como hemos dicho, aliados de Cortés, enviaron secretamente embajadores á Cuauhtemotzin, protestándole obediencia, quejándose de los españoles y ofreciendo al monarca sus servicios, con la pérfida intención de traicionarle. Cuauhtemotzin cre-

yó de buena fe las ofertas, les señaló punto para combatir y les facilitó el paso. Pero luego que los xochimilcas y los de Cuitlahuac se vieron en la ciudad, se entregaron al saqueo matando mexicanos é incendiando sus casas.

Los mexicanos, en vista de tan negra perfidia, se lanzaron contra ellos con tal furor, que la mayor parte de los traidores pagaron con la vida su infamia, y los que quedaron vivos fueron sacrificados por orden del rey.

Habiendo durado veinte dias el combate sin éxito decisivo, con inmensas pérdidas por todas partes, en medio de cadáveres, de escombros y de espantos, la fatiga y la desesperación sugirieron á los españoles la idea de instar á Cortés á que diera un golpe decisivo á los mexicanos con todas sus fuerzas, aprovechando la circunstancia de estar en Tlaltelolco el grueso de las tropas mexicanas, de suerte que apoderarse de ese punto seria conseguir una victoria definitiva.

Cortés, aunque con gran repugnancia, cedió á tales instigaciones y dió las disposiciones para hacer practicable el intento de apoderarse de Tlaltelolco.

Por las tres calzadas que á aquella plaza conducían, envió expediciones formidables, y él se reservó la calzada más estrecha y riesgosa.

Penetraron las fuerzas combinadas en número formidable casi al centro de la plaza; los mexicanos hacian resistencia y fingian retirarse acobardados; los españoles, con estos fáciles triunfos renovaban su brío, dejando tras de sí los fosos mal cegados, y uno principalmente profundísimo y de elevados bordes, apenas cubiertos con débiles ramas.

Ya en el centro del pueblo los españoles y sus aliados, oyeron la aguda y disonante trompeta del dios Paynalton, que solo era tocada en circunstancias extremas por sus sacerdotes. Entónces brotaron por todas partes como furias los mexicanos, arremetiendo contra los españoles: quieren éstos resistir, pero son envueltos y destrozados; pretenden retirarse, pero el ramaje que cubria los fosos cede, sepultando caballos y caballeros entre nubes de flechas: en desórden y próximos todos á perecer, nadando medio ahogados, tendiendo los brazos sin esperanza, los encontró Cortés y se dedicó á salvarlos haciendo prodigios de valor, pero cuando más empeñado estaba en

esta tarea, se vió rodeado por todas partes y arrebatado como por un torrente por la multitud. Infaliblemente Cortés hubiera perecido en tan duro trance si los mexicanos hubieran querido matarlo y no conservarlo para sacrificarlo despues con solemnidad á sus dioses.

Cristóbal de Olid, hombre de gran valor, que ya en otras veces habia salvado la vida á Cortés, viéndole en tal conflicto, se lanzó donde estaba, trozó de un tajo el brazo del mexicano que lo conducia, y lo salvó al fin á costa de su propia existencia.

Contribuyeron tambien á su salvación Ixtlilxochitl y un valiente tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron los españoles derrotados y en completa desmoralización al camino de Tlacopan, donde Cortés les alentaba protegiéndoles con su caballería; pero la persecución de los mexicanos era tal, que parecia imposible que uno solo de los españoles quedase vivo.

Los que habian entrado por los otros caminos, como fueron más diligentes en cegar los fosos, se salvaron con ménos pérdidas.

En tal situación los sitiadores, vieron desprenderse de las alturas del templo mayor nubes de humo de copal ofrecido á los dioses por la victoria obtenida, y creció y se hizo más honda su pena cuando los vencedores, para desanimar á sus enemigos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. Estos se encaminaron por Ixtapalapan á su campamento, hostigados sin cesar por los mexicanos.

Cuando llegaron á Tlaltelolco supieron el desastre y retrocedieron venciendo mil dificultades.

La pérdida que tuvieron los sitiadores en esa memorable jornada fué de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañón, más de mil aliados y más de sesenta españoles. Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo uno de los sitiadores que no quedase maltratado.

Los mexicanos celebraron, durante ocho días, tan señalada victoria con toda clase de regocijos, enterrando sus cadáveres y honrando á los valientes: abrieron nuevos fosos, repa-

raron sus trincheras y mandaron á las provincias más lejanas la noticia, haciendo conducir las cabezas de los españoles como testimonio inequívoco de su triunfo.

LECCION DECIMACUARTA

Las luchas del asedio de México se encarnizan. —Infructuosas tentativas de Cortés para la paz. —Los tlaxcaltecas atacan á los mexicanos. —Nuevos auxilios á Cortés. —Estrecha el sitio. —El 21 de Julio. —Avances de Cortés. —Incendio del gran templo.

Mientras convalecían los españoles de sus desgracias y curaban sus heridos, no descuidaron el asedio en la interceptación de víveres, poniendo en la mayor actividad los bergantines.

Los mexicanos quisieron inutilizar esos medios poderosos de actividad y construyeron treinta canoas grandes ó piraguas, desde donde combatir más cómodamente por agua; al mismo tiempo sembraron ciertas partes del lago por donde debían pasar los bergantines de grandes estacas. Así dispuestos provocaron el combate, haciendo un falso llamamiento á los españoles. Estos acudieron con ímpetu, empeñándose en la persecución de las pequeñas barcas que los desafiaban y cayendo en la emboscada en que las estacas les quitaban todo movimiento.

Acometen entonces los mexicanos haciendo grande estrago en los españoles; en lo más apurado del conflicto, varios españoles, buenos nadadores, arrancan las estacas, y ponen á flote los bergantines no sin grandes pérdidas, entre ellas la de un comandante de los bergantines.

Quisieron los mexicanos repetir la estratagema, pero sabedor de ello Cortés, pagó engaño por engaño, y en el encuentro perecieron todos los mexicanos que le quisieron atacar en las piraguas, con excepción de algunos nobles que cayeron prisioneros y que mantuvo Cortés en tal estado para procurar negociaciones.

Mandó Cortés un mensajero al rey, haciéndole presente los

males que sufría su reino, los estragos del hambre y el forzoso resultado del asedio, anunciando no se renovarían los combates.

Añadía el mensaje que no se pretendía la humillación de los mexicanos, ni arrebatárles sus creencias y gobierno, sino que se trataba únicamente de que prestasen reconocimiento al rey de España, cosa que apoyaba sus conveniencias y sus respetables tradiciones.

El rey reunió á la nobleza y á los sacerdotes para que deliberasen sobre las proposiciones de Cortés. Hubo algunos nobles que opinaron por la paz en vista de tantos horrores y del mal éxito que había tenido toda la resistencia; pero la generalidad, y especialmente los sacerdotes, movidos por un sentimiento religioso y más por el amor de la independencia, rechazaron toda proposición, le representaron la iniquidad de toda conquista, se consideraron fuertes con su derecho de defender hasta el último trance sus libertades, y contestaron á Cortés que se defenderían hasta el último trance, desairando su mensaje.

A la vez que se ocupaba Cortés de estas infructuosas tentativas de paz, los malinalcos y los matlazincas atacaron á sus aliados y los amenazaban muy de cerca. No pudo desentenderse Cortés de estos peligros, y envió dos expediciones, una que mandaba Tapia en dirección á Cuaunahuac; la otra, á cuya cabeza se puso Sandoval, á Toluca: ambas expediciones hicieron mil hazañas, que dieron por resultado la sumisión de esos pueblos hostiles que se aliaron con otros á Cortés, aislando de todo punto á los mexicanos.

«Tenía, dice Clavijero, aquella desventurada Corte contra sí, «los españoles y el reino de Acolhuacan, las repúblicas de Tlaxcala, de Huejotzinco y de Cholula, casi todas las ciudades del «Valle de México, las numerosas naciones de totonacas, mixtecas, otómies, tlahuicas, cohuixcas, matlazincas y otras, que «además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspirada por su ruina y la otra mitad lo miraba con «indiferencia.»

Viendo los tlaxcaltecas la inacción de los españoles y deseando

do su general Chichimecatl señalarse por notables hazañas, emprendió por sí mismo con sus fuerzas una embestida á los mexicanos.

Distribuyó sus fuerzas de modo que le cubriesen en todo evento la retirada y penetró con los suyos al interior de la ciudad. Sostuvo allí encarnizados combates en que hubo muchos muertos de una y otra parte. Cargaron los mexicanos rabiosos contra sus enemigos, y creían vencerlos totalmente en su persecución, cuando le salió al encuentro la retaguardia de Chichimecatl; entonces se hizo más desesperado el combate, del que salió airoso el general Chichimecatl, volviendo á su campo cubierto de gloria.

Los mexicanos, heridos en lo más vivo contra los tlaxcaltecas, les acometieron en gran número en el campo mismo de Alvarado: defendiéronse españoles y tlaxcaltecas heroicamente. Advertido Cortés de lo que pasaba, penetró en la ciudad, de suerte que, al regresar perseguidos los mexicanos, se encontraron entre dos fuegos, peleando furibundos y perdiendo muchísima gente, pero sin desmayar un solo instante.

Coincidiendo con estos sucesos, llegaron á Cortés por Veracruz nuevos socorros para continuar el asedio.

No obstante, el príncipe Ixtlilxochil habia aconsejado á Cortés, que sin emprender nuevas hostilidades ni exponer más gente, estrechase el sitio, pues solo el hambre le daría la victoria más segura, sin destruir los edificios ni que se produjesen más horrores.

Aunque Cortés acogió el consejo con entusiasmo, tanto que abrazó al joven príncipe y le felicitó por su prudencia, las fuerzas sitiadoras, poco conformes con la inacción repitían sus entradas á la ciudad y hallaban cada vez mas obstinados y resueltos á los mexicanos á no dejar las armas hasta que no abandonasen el país los invasores.

Impuesto Cortés con enojo de tal resolución, decidió penetrar en la ciudad, pero sin dar un solo paso sin destruir ántes todos los edificios que se hallasen á su tránsito, cegando los fosos, y estrechando así el sitio con mayores seguridades.

Hizo nuevas entradas con sus españoles y con sus aliados,

apoyados por los bergantines en estos encuentros, que fueron muy encarnizados: la suerte de los sitiados y sitiadores fué muy varia, encontrándose á veces comprometida la vida del mismo Cortés, y una de ellas expuestos los bergantines á perecer por el gran número de canoas que los atacaron.

Hiciéronse célebres en estos ataques algunas mujeres que acompañaban á las [fuerzas españolas, armándose, haciendo guardias y peleando como los más valerosos soldados. Llamábanse estas mujeres Maria Estrada, Beatriz Bermúdez, Juana Martínez, Isabel Rodriguez y Beatriz Palacios.

El 21 de Julio se hizo una grande entrada á la ciudad, arruinando muchos edificios, entre otros el magnífico palacio de Cuauhtemotzin, y dando por resultado la ansiada comunicación del campo de Cortés con el de Alvarado.

Este empuje redujo á los mexicanos á las tres cuartas partes de la ciudad.

Por una señora mexicana que cogió Cortés prisionera, supo que los sitiados estaban en el último extremo, que el hambre hacia en ellos estragos espantosos, que la discordia los devoraba, porque el rey, los sacerdotes y la nobleza estaban decididos á morir antes que ceder, pero no así el pueblo, que se encontraba desanimado y cansado del asedio.

Confirmadas por otros varios conductos tales noticias, se apresuró á poner término á semejante situación con la toma de la ciudad.

El mismo 21 se apoderó Cortés de una larga calle cuyas casas destruyó en su totalidad; cuando verificaba tal aniquilamiento, gritaban los sitiadores: «Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendreis que reedificarlas;» á lo que contestaban los sitiadores: «Las reedificaremos si somos vencidos; pero si no, vosotros las repareréis para que se alojen vuestros enemigos.»

No pudiendo los mexicanos contener tanto estrago, hicieron unas fortificaciones ambulantes de madera para hostilizar desde ellas á los españoles, y sembraron de obstáculos el suelo en todas direcciones para impedir los movimientos de la caballería.

Pero los aliados convirtieron en su provecho aquella estratagemata, llenando los fosos con los escombros y facilitando así los movimientos de los españoles.

Estos en su entrada del 26, ganaron dos fosos.

Alvarado empleaba por su parte la mayor actividad en sus operaciones. En medio de repetidos y encarnizados combates, penetró hasta las inmediaciones del palacio de Cuauhtemotzin. De allí tuvo que retroceder entre la persecución y el incendio.

Observando Cortés por aquella parte una gran humarada, corrió en auxilio de Alvarado, apoderándose de varios puntos importantes, y allí en Tlaltelolco, con indecible júbilo, se reunieron las fuerzas españolas que habían estado separadas desde que comenzó el sitio.

Después de posesionarse Cortés de la plaza con alguna caballería, subió al templo, desde donde pudo distinguir y cerciorarse que solo le quedaba por tomar una parte de ella. Mandó entonces prender fuego á las hermosas torres del suntuoso templo, en donde, como el de Tenochtitlán, se adoraba al dios de la guerra.

A la vista de aquella hoguera inmensa se oyeron gritos de horror y de espanto. Conmovido el mismo conquistador, mandó que cesase el incendio y que se hiciesen nuevas proposiciones de paz á los mexicanos.

LECCION DECIMAQUINTA

Suspensión de hostilidades.—Nuevas proposiciones de Cortés que son rechazadas.—Matanza de doce mil indios.—Sigue horrorosa la carnicería.—Luchas extremas.—El 13 de Agosto de 1521.

En los avances que hacia Cortés, destruyéndolo todo y forzando el sitio, encontraba á ancianos y mujeres que se mantenían de yerbas y de insectos, y niños que pugnaban por arrancar las cortezas de los árboles para comer. En vista de tanta desolación, mandó Cortés suspender toda hostilidad, y se afirmó en su idea cuando, al penetrar en la plaza del mercado, ha-

lló mucha gente desarmada y hundida en el más profundo desaliento, atribuyendo la resistencia que se hacia, á solo los sacerdotes y los nobles.

Aprovechando semejantes circunstancias, hizo nuevas proposiciones de paz, que fueron rechazadas con la mayor energía.

Entonces mandó Cortés á Alvarado que penetrase á sangre y fuego por una gran calle que tenía como mil casas, y el ferroz capitán lo hizo con tal impetu, y fué tan sin igual su guerra, que se calcula que en ese solo dia murieron sobre 12,000 personas.

Los aliados se cebaban en las mujeres y los niños derramando á torrentes la sangre.

Desde el dia siguiente al de esta espantosa carnicería, Cortés apeló á negociaciones que, apenas se intentaban, cuando eran destruidas, y que se renovaban sin fruto alguno, pidiendo los sitiados la muerte entre clamores espantosos, como único bien que deseaban de mano de los españoles.

A Cortés le decían: «Si eres hijo del Sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un dia termina su carrera, tardas tú tanto en poner fin á nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo, donde nos espera nuestro dios Huitzilopochtli para darnos el reposo de nuestras fatigas, y el premio de nuestros afanes.»

Cortés hablaba de paz, enviando al rey vanos mensajes, que siempre fueron rechazados ó eludidos.

El conquistador había dado orden á los aliados que permaneciesen fuera de la ciudad mientras duraban las conferencias de paz; pero perdida toda esperanza, ordenó que atacasen á un tiempo todos los fuertes y las fortificaciones que defendían la ciudad. Así lo hicieron, preparándose á tomar los fosos principales más de 150,000 hombres reunidos á los del campo de Alvarado, mientras Sandoval con su ejército atacaba la parte Norte de la ciudad.

Aquel dia fué el más infausto para los mexicanos; desarmados, exangües, y en el último extremo, peleaban con la ma-